



al territorio de
**Erich
Hackl**



Un recurso terrible contra las personas extraordinarias
consiste en hundirlas tan profundamente dentro de sí
mismas que solo puedan volver a emerger con una
erupción volcánica.

GUNTRAM VESPER,
Al norte del amor y al sur del odio

1

Un día, Aurora Rodríguez comprendió que tenía que matar a su hija. Entró en el dormitorio, sacó de la mesilla de noche una pistola que había comprado meses atrás por si debía proteger la vida de Hildegart, cargó el arma, quitó el seguro y se dirigió sin titubear a la habitación de la hija. Cerró suavemente la puerta a sus espaldas, tanteó en la oscuridad para encontrar la lámpara, que estaba junto a la cama, sobre una mesita baja atestada de libros y periódicos, y realizó cuatro disparos. Los dos primeros proyectiles, mortales ambos según el ulterior dictamen de los forenses, atravesaron el corazón de Hildegart; los dos últimos los disparó desde tan cerca que quemaron la piel de la sien derecha y chamuscaron un rizo de los cabellos castaños de su hija. Antes de abandonar la habitación, Aurora apagó la luz y subió las persianas. Entonces introdujo la pistola en el bolso, se vistió y salió de su casa.

En la escalera se encontró con Julia Sanz, la criada, que media hora antes había salido a pasear los perros de su señora. Aurora Rodríguez le dijo que no iba a regresar y que ella, Julia, tal como habían acordado unos pocos días antes, debía dejar a los perros esa mañana al cuidado de la señora Carbayo Orenga. Julia Sanz no concedió mayor importancia a las palabras de la mujer, ya que supuso que se iba con su hija a Mallorca, un viaje que habían mencionado últimamente con frecuencia. Solo preguntó si la vecina había recibido el dinero que le correspondía por ocuparse de los animales (cuatro pesetas al día). Aurora Rodríguez asintió y acarició a los perros antes de proseguir su camino. En cuanto abrió la puerta de la casa, a Julia Sanz le llamó la atención el fuerte olor a pólvora.

Aurora Rodríguez se dirigió sin demora al bufete de un abogado al que conocía bien y confesó su crimen. Completamente atónito, el abogado, un destacado político socialista radical que pocos meses después sería nombrado ministro de Justicia, accedió a acompañarla al Juzgado de Guardia, donde Aurora Rodríguez se entregó a las autoridades.

A pesar de sus dudas sobre la veracidad de la autoinculpación —dudas alimentadas por lo notorio de la estrecha y armónica relación entre Aurora y su hija Hildegart—, el juez fue a la casa de la mujer, acompañado por el forense que estaba de servicio. Allí se encontraron ya con dos policías, a los que había llamado la criada que, muy trastornada, sollozaba sin parar.

Aurora Rodríguez fue internada después de los primeros interrogatorios en la cárcel de mujeres de Quiñones, en el centro de Madrid; era hija de Aurora Carballeira, una maestra que sin embargo no ejerció jamás su profesión. La madre, de acuerdo con las declaraciones realizadas durante el juicio, nunca le dio muestras de cariño; había muerto veintinueve años antes, después de lo cual Aurora fue la única de los cuatro hermanos que se quedó en la casa familiar. Allí pasó los tres años siguientes en compañía del padre, hasta que la muerte se llevó también a su último pariente cercano.

Este, abogado y procurador de los tribunales, estaba muy considerado en Ferrol, importante ciudad portuaria en el noroeste del país, aunque sus vecinos no podían negar que tendía a hacer afirmaciones algo excéntricas. Por ejemplo, parece que en las tertulias en las que participaba con sus amigos y conocidos en el Casino de su ciudad había expresado comprensión hacia las ansias de libertad de los pueblos de Latinoamérica que se encontraban bajo administración española. También había adoptado una postura sobre la guerra naval contra los Estados Unidos que de ninguna manera podía compartir la mayoría de los ciudadanos, mucho menos los ediles y los notables de la ciudad. Es cierto que consideraba que aquella potencia enemiga suponía un peligro no solo para la seguridad nacional, también para la humanidad en su

conjunto, pero al mismo tiempo señalaba que sus simpatías no recaían sobre la armada española, sino sobre los grandes héroes libertadores Maceo y Rizal. Cuando por ese motivo sus contertulios le acusaban de falta de patriotismo, él respondía que todos los grandes hombres de la Historia, daba igual de qué origen, siempre habían puesto la libertad por encima de las mezquinas disputas entre naciones.

Además, no entiendo que se defiendan con tal vehemencia la razón de Estado precisamente en Galicia, una de las regiones más pobres y deprimidas. Y son precisamente los hijos de esta tierra, sus agricultores y pescadores, quienes sirven a la patria como carne de cañón frente al enemigo.

Entonces los otros hombres callaron, y también enmudeció Francisco Rodríguez. Intuía vagamente que se había atrevido a pisar un terreno en el que era aconsejable la cautela.

Cuando en 1898 los restos de la derrotada flota española atracaron en Ferrol, después de la pérdida de las colonias de ultramar Cuba y Filipinas, Aurora pudo acompañar a su padre al muelle. Se mantuvo temerosa y en silencio ante los altos costados de los buques, y tuvo una sensación extraña cuando Francisco Rodríguez se quitó el sombrero ante aquellas figuras demacradas y andrajosas. Salvo ellos y unas mujeres vestidas de negro, campesinas del interior que aguardaban desesperadas ver aparecer a uno de sus hijos, nadie había ido a recibir a quienes regresaban de la guerra.

De desagradecidos está el mundo lleno, dijo el padre. Que Aurora se grabase bien ese día en la memoria; porque ella viviría tiempos, o al menos así lo esperaba, en los que los humillados obtendrían justicia. En los que tendrían que rendir cuentas los banqueros que se habían enriquecido con esa guerra, los obispos que bendijeron los buques, y los almirantes que daban sus órdenes a la Armada estando ellos a cubierto en Madrid.

La muchacha buscaba la cercanía del padre. Francisco Rodríguez había renunciado a dirigir los asuntos de su propia casa

para permitirse el ocio necesario, al terminar su jornada, para reflexionar sobre sus ideales respecto a cómo mejorar el país. La madre era impaciente, dura y malhumorada. Se afanaba por llevar una vida acorde con el modelo de otras familias, como las de médicos, oficiales de alto rango y terratenientes. Los domingos obligaba a sus cuatro hijos a ir a misa, encargaba a los criados tareas que antes no le habían parecido engorrosas, prohibió desde muy niñas a las dos hijas, Aurora y Josefa, diez años mayor, que saltasen o corriesen, y solo permitió ir a la escuela al más pequeño, un varón, y eso porque un colegio privado de mucho prestigio había abierto sus puertas en la ciudad. A los demás les dio clase en casa una pariente lejana, cuyos padres se habían arruinado con una especulación fallida. Sin embargo, los conocimientos y las destrezas pedagógicas de la joven eran más bien escasos, y además no se atrevía a poner coto a las travesuras de los dos mayores. Con ella aprendió Aurora lo que aprendía toda niña de buena familia: leer y escribir, las cuatro reglas de aritmética, bordar y tocar el piano, y unos penosos rudimentos de francés.

Un día se la llevó a su pueblo una criada con la que Aurora tenía mucha confianza. Era la festividad de San Pedro, patrón del pueblo, y había baile en la plaza, adornada con guirnaldas y banderitas de colores. La criada sabía que entre la multitud se encontraba su prometido. Por eso pidió a su madre, no sin rogarle que estuviese muy atenta, que se quedara un rato con Aurora. Entonces se fue a bailar. La madre cumplió el encargo. Intentó entretener a Aurora, que examinaba de reojo el único cuarto de la vivienda. Pero a la niña le costaba entender a la mujer; apenas conocía el gallego, tan denostado en casa. Le asustaba la curiosidad de los otros niños y le resultaban poco familiares la pobreza del entorno, los sacos de paja, el suelo de barro apisonado con las gallinas correteando por él, así que muy pronto le entraron ganas de ir a ver bailar a la hija de la mujer.

Después de que le indicasen la dirección, se dirigió a la plaza del pueblo. Pero por mucho que se esforzaba no conseguía distinguir a

la chica entre la gente bailando. Cuando estaba a punto de romper a llorar y de correr de vuelta a la casa, su mirada recayó sobre una pareja besándose apasionadamente en un rincón. Solo cuando el joven llamó la atención de la muchacha con un toquecito, se dio ella cuenta de la presencia de Aurora. Se sonrojó, se soltó del abrazo y tomó a la niña de la mano.

Ya de regreso en casa, Aurora Rodríguez contó inocentemente durante la comida el baile y lo de los besos en la aldea. Los hermanos mayores rieron por lo bajo y el padre, como de costumbre, no prestó atención. Pero la señora Carballeira despidió a la chica ese mismo día.

En otra ocasión, cuando el hermano mayor de Aurora comenzó a rondar por las habitaciones del servicio y a acurrucarse bajo la escalera para mirar debajo de las faldas, la señora convenció a su marido de ofrecer dinero a la cocinera para que introdujese al joven amo en las prácticas amorosas. La chica, de la que se sabía que había tenido varios amantes, pero que aseguraba estar sana, consultó con sus padres. Ellos consintieron con la condición de que Francisco Rodríguez procurase trabajo en un carguero que fuese a Cuba a uno de los hijos, necesitado de emigrar a América porque las propiedades de la familia apenas bastaban para mantener al primogénito. El padre de Aurora hizo lo que le habían pedido y también consiguió a la chica una licencia para vender tabaco en el juzgado al que él iba todos los días. Los padres de la muchacha se deshicieron en agradecimientos. Él retiró con embarazo la mano que le estrechaban. Lo ocurrido le pareció una prueba de la decadencia y la agonía del país.

En la biblioteca, el hombre anotó en una libreta: las penurias de las clases desfavorecidas son insoportables. Solo la rabia ciega, la violencia desatada, la sangre y el fuego pueden cambiar su situación. Pero eso ni se les pasa por la cabeza porque tienen que dedicar toda su energía a sobrevivir. Porque se han dejado aprisionar por la falsa moral de las clases pudientes y porque solo buscan su beneficio personal sin darse cuenta de que esto los

hunde aún más en la miseria. Los privilegiados viven cómodamente. Vemos cómo todo se tambalea, pero cualquier cambio nos asusta. Estamos insatisfechos pero somos cobardes.

Después se embebió en la lectura de la *Revue du Monde Latín*, cuyo último número acababa de llegarle. En un artículo firmado por un tal Valentí Almirall, obviamente un catalán, encontró un pasaje que le pareció una acertada descripción de los males españoles: *Puede decirse que la nación vive en una completa negación, en una verdadera orgía de ideas negativas. Preguntad a la mayoría de los españoles si son monárquicos: os responderán que no. Preguntadles si son republicanos: os responderán que tampoco. ¿Qué son, pues? No quieren saberlo. Les basta con la negación. El antiguo fatalismo musulmán se adueña de nuevo de nosotros. El campesino vegeta miserablemente, sin hacer el menor esfuerzo para salir de la ignorancia, de la rutina, de la pobreza. El hombre de la ciudad vive del campesino, mientras que este apenas puede vivir de la tierra. El progreso aún no ha llegado aquí. El movimiento intelectual es casi nulo.*

Huyendo de su madre, cuyas reglas le parecían contradictorias e injustas, Aurora fue a parar a la biblioteca del padre. No sentía como sus hermanos temor alguno a los oscuros lomos de los libros ni al silencio de aquella habitación alta y angosta. Además, la biblioteca comunicaba con el despacho de Francisco Rodríguez, separada de él tan solo por una puerta de doble hoja, donde por las tardes tenía su consulta jurídica. Así, gracias a las conversaciones en el cuarto de al lado, Aurora nunca tenía la sensación de estar sola. Pero lo estaba.

Un día, Aurora debía de rondar los siete años, su padre recibió a una señora. Aunque al principio la hija estaba entretenida vistiendo y desnudando una muñeca, la voz excitada de la mujer despertó enseguida su interés.

Francisco Rodríguez conocía desde hacía mucho al marido de la señora Balboa, propietario de la mayor ferretería de la ciudad, y al principio pensó que se trataba de una visita privada. Pero la

expresión seria de la mujer le reveló que no se encontraba allí para hacer una invitación ni para preparar el mercadillo de la Asociación de Beneficencia Cristiana, de la que era presidenta. Él prometió acceder al ruego de no contar a nadie, ni siquiera a su esposa, el contenido de su conversación y le recordó que estaba obligado a ello por el secreto profesional.

La mujer titubeó antes de revelar, en voz baja pero audible desde la habitación contigua, que se encontraba allí para iniciar los trámites de divorcio de su marido. El abogado se quedó demasiado sorprendido como para responder de inmediato. Así que la mujer se apresuró a añadir que su decisión era irrevocable. Que confiaba en el señor Rodríguez más que en ningún otro abogado de la ciudad y deseaba encomendarle la realización de las diligencias que fuesen oportunas. El padre de Aurora le preguntó si era consciente de la trascendencia de su decisión. La señora Balboa asintió y repitió que la había tomado después de pensárselo mucho y que era inamovible. No se le escapaban las consecuencias materiales pero no las consideraba un obstáculo, en particular porque la herencia de sus padres que le había correspondido por ley le garantizaba unos ingresos satisfactorios para ella y para su hija. Francisco Rodríguez le preguntó el motivo por el que deseaba disolver su matrimonio. Como la mujer dudaba, le aclaró que no preguntaba por curiosidad: sin conocer los motivos no podría serle de mucha ayuda.

La señora Balboa comenzó entonces a sollozar y confesó entre lágrimas que había perdido cualquier afecto hacia su marido. Solo sentía miedo, rechazo y odio cuando él se le acercaba. El asco la inundaba cuando se tumbaba sobre ella. Siempre se había sentido un objeto que se cogía cuando se deseaba y se dejaba de lado cuando había cumplido su función.

Después de unos instantes, Francisco Rodríguez preguntó si había otras razones más concretas.

¿Es que no son suficientes?

El padre de Aurora le aseguró que la entendía muy bien pero debía comprender que la legislación vigente sobre divorcios no

contemplaba tales motivos. Si pretendía mantener la demanda en el juzgado, la señora Balboa tenía que contar con que le atribuyesen la culpa.

¡Me da igual!, dijo la mujer, con tal de que se apruebe el divorcio.

El padre de Aurora preguntó si había pensado en su hija. Se levantó, sacó un libro de una estantería y lo abrió. El Código Civil vigente desde 1889 no contempla tales argumentos, por honorables que sean. Artículo 73. La sentencia de divorcio producirá los siguientes efectos: *primero, la separación de los cónyuges. Segundo: quedar o ser puestos los hijos bajo la potestad y protección del cónyuge inocente.* El abogado cerró el libro: así es la ley. Para evitar que la mujer volviese a estallar en llanto, añadió rápidamente que, por supuesto, él ignoraba si el marido insistiría en obtener la patria potestad para la hija de ambos. De no ser el caso, se podría encontrar una solución satisfactoria, nombrando, tras la renuncia del padre, a un tutor cercano a la señora Balboa que no se inmiscuyese en la educación de la hija. Pero la mujer negó con un gesto. No se había precipitado al tomar la decisión de acudir al señor Rodríguez. Previamente había tenido numerosas disputas con su marido, el cual había terminado animándola con sarcasmo a que presentase la demanda de divorcio, y anunciado que él tenía la intención de exigir la patria potestad. Aunque solo fuese para causar dolor a la mujer.

Mientras Aurora abrazaba con fuerza la muñeca en el cuarto contiguo, su padre se encogió resignadamente de hombros. Lo siento, dijo. ¿Qué va a hacer? Aguantar ese infierno. No pienso renunciar a Rosa. Cuando más tarde Francisco Rodríguez entró en la biblioteca, su hija tenía a la muñeca en sus brazos. Qué muñeca más bonita, dijo él. ¿Cómo se llama? Rosa, dijo Aurora. Y me pertenece solo a mí.

2

La mujer «hembra», escribiría Hildegart, *la mujer que adopta siempre ante el tema sexual una pudorosa actitud, la mujer que no se mueve con libertad, que no habla con el hombre limpiamente, que no tiene independencia espiritual; esta es la mujer española, en un buen número de casos con honrosísimas excepciones aparece dotada de una extraordinaria «hambre sexual». La mujer inglesa, pura por su temperamento, que conserva una inocencia a toda prueba hasta los veinte y veintitantos años, que sabe tener en el gesto de las «flappers» una legítima, pero sana y noble rebeldía; la francesa, habituada al placer y de despertar precoz, no se iguala con esta hambre sexual de la española, derivada, sin duda, de su privación durante muchos siglos. Es una víctima de la presión moral de la religión que les ha obligado a pensar siempre que hay maldad donde no hay más que ciencia, pornografía donde no existe más que verdad y pureza.* Según la describiría Aurora más tarde, su hermana Josefa era de rasgos toscos, poco armónicos, que sin embargo resultaban sensuales y atractivos para los hombres. Ya de niña trataba a las criadas de forma muy hiriente y no tenía reparos a la hora de obligar a su hermana a secundarla en sus maldades. Y planeaba cómo vengarse siempre que, siguiendo las instrucciones de la señora Carballeira, una de las empleadas le prohibía picar entre comidas o si contaba a la madre su descaro.

Cuando Aurora tenía cuatro años, Josefa le ordenó colocar sigilosamente en el ropero de una criada un anillo que había tomado del joyero de su madre. La niña cumplió el encargo sin entender del

todo lo que estaba haciendo. Ese mismo día, la señora Carballeira, que tendía a pensar que la servidumbre la engañaba, echó de menos el anillo. Josefa había hecho prometer silencio a su hermana y dirigió las sospechas hacia la criada, en cuyo ropero efectivamente se encontró el anillo desaparecido. De poco sirvieron las protestas de la joven. La madre de Aurora insistió en denunciar a la policía el supuesto hurto. Solo días más tarde se atrevió Aurora a contar la verdad a su padre. Pero ¿quién va a creer en las confusas historias de una cría? Al menos, Francisco Rodríguez retiró la denuncia.

Una víctima continua de las travesuras infantiles era la institutriz. Isabel Monteiro, una señorita delgada y ya de cierta edad, había esperado vanamente durante años a un hombre que quisiera casarse con ella. Hablaba en raras ocasiones y se daba por satisfecha si los niños de los Rodríguez se entretenían en silencio durante las clases, dejándole tiempo para leer extensas novelas en las que hombres caballerosos cortejaban a mujeres cristianas y virtuosas. Josefa y el hermano mayor de Aurora se divertían pegando algunas páginas o arrancando las últimas, de forma que la aplicada lectora quedaba frustrada, sin poder conocer el final feliz de pasiones aún abrasadoras. Cuando Josefa era ya algo más mayor solía poner en aprietos a la señorita Monteiro con preguntas sobre la reproducción humana. O preguntaba con insistencia qué estaban haciendo dos perros a los que había observado el día anterior en una postura peculiar. Entonces la señorita se daba la vuelta, hacía un intento con lo de las abejas, se sonrojaba mientras los niños reían a carcajadas y dejaba la explicación para otro día.

En una ocasión en la que Aurora estaba jugando en el jardín oyó un ruido que provenía de una habitación alejada en el ala lateral de la casa. Poniéndose de puntillas, vio a su hermana desnuda, sin otra ropa que las medias, con los muslos abiertos y las piernas plegadas alrededor de la espalda de un hombre. Ambos respiraban pesadamente; entonces el jadeo de la hermana se convirtió en una especie de quejido; sacudía la cabeza de un lado a otro con el

hombre encima; él tenía el pelo ralo en la nuca y un vello espeso en los hombros.

Aurora quiso apartar la vista, salir corriendo, *asqueada*, tal como confesó ante el tribunal, pero las piernas no la obedecieron, siguió mirando al hombre, que se incorporó y se limpió el miembro con un pañuelo; y vio cómo Josefa, que seguía tumbada, estiró las piernas, puso una mano bajo la cabeza y contempló al hombre desnudo con indiferencia, burlonamente, o eso le pareció a la chica, que se había quedado allí y aún espiaba a pesar del riesgo de ser descubierta y de que le dolía la planta de los pies.

Cuando hacía ya mucho que Josefa había dejado de recibir clases de la señorita Monteiro, empezó a transformarse de manera inexplicable. Le daban ataques de vértigo y de náuseas, y vomitaba todas las mañanas en su orinal. También tenía un humor cambiante, estaba abatida la mayor parte del tiempo pero de pronto se ponía alegre sin motivo, le daba un arrebató de cariño y rodeaba con un brazo a Aurora, que hasta entonces nunca había recibido esas muestras de ternura.

Las dos compartían dormitorio y Aurora quiso informar a sus padres cuando comenzaron los malestares de su hermana. Pero Josefa le rogó no decir ni una palabra. Ya se normalizaría su estado, que era habitual en las chicas jóvenes, debido al crecimiento acelerado y a las transformaciones internas, y que por tanto no era preocupante en absoluto. Y no siendo para nada una enfermedad, no quería inquietar a los padres.

Así que Aurora guardó silencio, incluso cuando unas semanas después notó que a Josefa se le hinchaban la cara y las piernas, y que su cuerpo estaba engordando, aunque era evidente que procuraba comer poco. A pesar de que se ceñía la ropa con fuerza por las mañanas, no pudo ocultar su estado durante mucho tiempo. Un día se desmayó durante el almuerzo. La transportaron al salón a toda prisa, la tumbaron en el diván y le aflojaron el vestido. Entonces los padres entendieron lo que sucedía. Aurora tuvo que irse a su habitación y desde allí oyó los gritos de la madre y las bofetadas con

las que la señora Carballeira devolvió la conciencia a Josefa. También a golpes obtuvo la futura abuela la identidad del hombre que se había acostado con Josefa. Pero como resultó no ser un aspirante digno para el matrimonio era imposible salvar mediante una boda forzosa la honra de la familia. La cual, por cierto, resultaba bastante indiferente a Francisco Rodríguez, quien se recluía cada vez más tiempo en su biblioteca, apenas aceptaba nuevos casos y solo hacía el mínimo imprescindible en los juzgados. La agitación de su mujer le parecía exagerada teniendo en cuenta el estado general del mundo y de las costumbres. Y en casa había suficiente dinero para alimentar una boca más.

Como su mujer quería evitar un escándalo a cualquier precio, Josefa tuvo que trasladarse a la pequeña ciudad de Betanzos, donde dio a luz a un varón en diciembre de 1896. El niño recibió el nombre de José y fue amamantado por una nodriza. Se crio en casa de los abuelos; la madre había hecho las maletas poco después del parto con la intención de sumergirse en la vida mundana de la alta sociedad.

El niño, viendo que la abuela no le hacía mucho caso, empezó a buscar muy pronto la atención de la tía, que le correspondió con su afecto. Aurora sacaba al niño de paseo horas y horas, lo protegía de la impaciencia y la incomprensión de los adultos, le cantaba por las noches para que se durmiera. Y si Pepito, como lo llamaba cariñosamente, estaba irritable o triste, le tocaba nanas al piano. Al principio lo hacía en intervalos variables, pero se fue convirtiendo en una rutina diaria de la que ninguno de los dos quería prescindir. Durante estos conciertos, Pepito estaba sentado en el regazo de Aurora, sin moverse, atento, inmerso en el sonido de la música.

La madre daba rara vez señales de vida. En alguna ocasión llegaba un pequeño regalo con el correo, para *mi monito, mi corazón, nuestro niño bueno*: caballitos de madera de colores con y sin carruaje, una trompeta, soldaditos de plomo. Y tarjetas postales coloreadas en las que se veían el Palacio Real de Madrid, la Giralda de Sevilla o las Ramblas de Barcelona. En el reverso, algún saludo

apresurado, *imagínate, Joselito, ayer he visto al rey, me había invitado el duque de Alba, mañana viajo a París. Pórtate bien y obedece siempre a tus queridos abuelos.* A Pepito le dejaban frío estos detalles; los juguetes se quedaban muy pronto olvidados en un rincón y las postales solo le interesaban mientras Aurora le contaba historias de las ciudades de las que provenían.

El material para esas historias lo encontraba Aurora Rodríguez en los libros de su padre, que devoraba al principio sin criterio alguno. Salvo unas breves escapadas a pueblos vecinos, varios viajes a La Coruña, donde Aurora Carballeira solía renovar su vestuario, y la estancia veraniega en la hacienda familiar, a treinta kilómetros hacia el interior, Aurora no salió de Ferrol en sus veinticuatro primeros años de vida. Estaba ansiosa por conocer lo que ocurría en el mundo, bebía las palabras de su padre cuando recordaba en el Casino, adonde le permitía acompañarlo, los hechos de los libertadores y mencionaba, con cautela pero también con insistencia, la miseria de los desfavorecidos, que solo se podría eliminar con una reforma profunda de la sociedad.

Nadie podía imaginarse en el círculo de notarios, médicos y oficiales de la guarnición, que aquel estrafalario Rodríguez pretendiera acabar con los males del mundo.

Estimado colega, está usted repitiendo los argumentos de los criminales revolucionarios de Andalucía.

En absoluto, no aprecio lo más mínimo la violencia.

Precisamente. No puede haber para todos. Y nuestra vida tampoco es un jardín de rosas.

El padre de Aurora le llevó la contraria. A nosotros nos va bien. Tenemos más de lo que nos corresponde. ¿Y a quién hemos de agradecerse? Pues a la ignorancia del pueblo llano, que se reproduce en exceso porque desconoce las reglas más básicas de la naturaleza. Porque son tontos. Y como poseen tan pocas tierras que apenas bastan para mantener a una sola persona, los pobres se ven obligados a realizar actividades mal pagadas que solo les

permiten vegetar, o matar y asesinar para hacerse de otra manera con aquello que se les niega.

Un fiscal que también se encontraba sentado a la mesa protestó contra aquella explicación parcial y *demagógica* del delito. De esa forma está usted justificando cualquier crimen.

Francisco Rodríguez se mantuvo en sus trece. Estos seres dignos de lástima, y no olviden que suponen el ochenta por ciento de nuestra población y más aún aquí en Galicia, no reciben en toda su vida la menor oportunidad de adquirir conocimientos. La Iglesia los mantiene alejados de ellos, los ceba con supersticiones. Así que traen niños al mundo igual que los conejos, luchan para darles el pan de cada día y como es lógico no están en condiciones de educarse.

¿Cómo podemos cambiarlo?

Desde luego con una política demográfica que incluya instrucción y abstinencia sexual que en caso de necesidad debe imponerse al principio por la fuerza. Habiendo menos pobres, se repartirá mejor la riqueza.

Esto les pareció sensato. Los hombres pasaron a su rutina y discutieron casos jurídicos curiosos, los últimos decretos del ministro de la Guerra y los avances de la medicina. Finalmente, se burlaron del último sermón del párroco de la ciudad; a pesar de ser librepensadores, ninguno se perdía la misa mayor.

Francisco Rodríguez regresó de buen humor de un viaje al sur en el que había llevado un arduo caso entre hermanos. Tenía que reconocer que la situación resultó bastante más complicada para su cliente de lo que había pensado antes de partir y que no pudo consultar algunos de los documentos que habría deseado procurarse, pero, como contó a su hija, durante el viaje de Sevilla hacia el este había llegado por casualidad a una hacienda que estaba explotada y administrada conjuntamente por sus jornaleros desde la muerte del propietario anterior.

Imagínate, dijo el padre de Aurora, una agrupación de gentes sencillas, treinta hombres con sus familias, posibilitada por el

altruismo del dueño, que había muerto de apoplejía. Y a pesar de la inquina de los terratenientes vecinos, que envían a sus servidores por las noches a devastar sus campos, por lo que la comunidad tiene que estar muy alerta, les basta para llevar una existencia digna. Por supuesto que a largo plazo el éxito solo puede garantizarse siendo autárquicos gracias al autoabastecimiento, es decir, con explotaciones más grandes. Trescientas familias sobre cuatrocientas hectáreas de suelo fértil explotadas en cooperativa, eso sí garantizaría la alimentación de todos. También habría que ocuparse de la ropa, tendrían que criar ganado, vacas, cerdos y ovejas, cuya lana protege del frío. Campesinos y zapateros, herreros, carreteros y panaderos, todos tendrían empleo según sus habilidades y sus preferencias. Nadie recibiría un salario. Todo se basaría en el trabajo voluntario. Se aboliría el dinero. Tomarían las decisiones todos juntos. No habría jerarquías, ni imposiciones, ni sometimiento.

¿Y las mujeres?, preguntó Aurora. ¿Y los niños?

Los niños no le daban quebraderos de cabeza. Crecerían libres en una comunidad como aquella, podrían desarrollar sus aptitudes sin trabas. Las características de la sociedad actual, envidia, egoísmo, codicia, aún supondrían al principio un estorbo para la convivencia. Pero la generación siguiente se habría liberado de todo eso. Así es, a los niños les resultaría mucho más fácil entender como la única natural esa nueva forma de convivencia humana. Se familiarizarían desde pequeños con las distintas tareas en los talleres, en los campos y en el bosque. Aprenderían jugando a tejer, ordeñar, fabricar ruedas para carros, cavar zanjas, esquilas ovejas, cultivar y cosechar. El que se sienta llamado a la medicina lo aprenderá todo sobre el poder curativo de las hierbas, aprenderá a entablillar huesos rotos, estará presente durante los partos.

Pero ¡y los criados!

No habrá criados. Ni señores ni criados. Ningún privilegio, tampoco del hombre sobre la mujer. El trabajo físico pesado tendrán que realizarlo los hombres. Por otro lado, las mujeres son más aptas

para actividades que exigen habilidad y paciencia. Tendrán que desaparecer todas las leyes que limitan la vida de las mujeres. En el matrimonio, el hombre no podrá arrogarse el derecho de mandar sobre la mujer. Incluso habría que pensarse si la institución matrimonial tendría sentido en una sociedad así.

Pero ¿para qué le contaba a ella todo eso?

Es inútil. Este país está podrido hasta la raíz. Nadie puede imaginar un estado distinto del existente. Ni los ricos, porque no quieren trabajar, ni los pobres, porque no han aprendido a pensar. O porque esperan hacerse ricos de golpe. Tampoco los hombres, porque están por encima de las mujeres, ni las mujeres, porque se resignan a su papel y castigan con burlas y desprecios a cualquiera que se rebele. Sí, las mujeres son como hienas, y si nada cambia en España es porque los curas han puesto a las mujeres de su lado.

A Aurora Rodríguez le costaba aceptar que pertenecía a un género tan despreciado por su padre. Muchas cosas que se permitían a sus hermanos le estaban prohibidas a ella. Tenía que llevar ropas incómodas que exigían mucho tiempo para ponérselas cada mañana; tuvo que aprender a bajar la voz, no debía mirar a un hombre a los ojos. Desde que cumplió doce años no podía salir sola a la calle. Que su padre se la llevara al Casino de vez en cuando era una permanente causa de disgustos para la señora Carballeira.

Aurora se asustó cuando tuvo la menstruación por primera vez a los catorce años. Pero no pensó como su hermana que se iba a desangrar. Había aprendido de qué se trataba leyendo los prontuarios médicos de la biblioteca de su padre. Solo que a partir de entonces se vio como una mujer, persona de segunda clase, y estaba convencida de que la privarían de muchas cosas en su vida. Le parecía casi imposible cambiar su vida de forma que *todo* cambiase.

Para colmo perdió a Pepito, al que hacía tiempo consideraba suyo. En sus manos, el hijo de la hermana se había convertido en un niño prodigio y así lo decían los periódicos: la reencarnación de Mozart.

Todo empezó con una jota que Aurora Rodríguez había tocado al piano, con su sobrino de tres años en el regazo. De pronto, en mitad de la pieza, Pepito apartó las manos de su tía y tocó las notas, *con mayor claridad, mejor de lo que yo lo había hecho jamás*. Aurora estaba entusiasmada. Convocó a toda la familia: al padre, que se encontraba en su despacho; a la madre, ocupada en ese momento en enseñar a una criada el uso del plumero; al hermano pequeño. Allí estaban todos, junto al piano, admirando el talento musical del niño (aún mojaba la cama por las noches), *mi obra*.

Dos meses después, sentado en el regazo de su tía, Pepito dio su primer concierto en el círculo de amigos y conocidos. Entonces reapareció Josefa, *mi monito*; apenas tuvo noticias de las dotes extraordinarias de su hijo, se lo llevó consigo a Madrid: poco antes de cumplir cuatro años, después de actuar en el salón de un fabricante de pianos, el niño recibió una ovación enloquecida. Tres semanas después encandilaba a la Familia Real con un concierto en Palacio, y un año más tarde la reina le concedió una beca para que perfeccionase su técnica en Leipzig y después en Berlín, donde llegó a estudiar composición con Richard Strauss. Durante la Exposición Universal de París, el médico y fisiólogo Charles Richet lo exhibió ante los participantes en un congreso de psicología como una especie de monstruo parapsicológico, la reencarnación de un pianista adulto en el cuerpo de un niño. Su talento solo podía explicarse recurriendo a fuerzas sobrenaturales.

Durante años rara fue la semana en la que los periódicos españoles no informaban del éxito de Pepito Arriola —como le llamaba ahora Josefa, con el segundo apellido del abuelo— en las salas de concierto de toda Europa. Josefa enviaba cartas entusiastas acompañadas de recortes de periódicos, *Pepe Arriola conquista Europa*, conciertos en el Royal Albert Hall, en la Ópera de Dresde, en el Palacio de Invierno de San Petersburgo, en el Carnegie Hall de Nueva York, en el Teatro Colón de Buenos Aires. Aurora buscaba vanamente entre todas esas noticias algún indicio, alguna señal, de que su sobrino no la había olvidado. Josefa se

casó en Berlín con un paisano suyo, el excéntrico Amado Osorio Zabala, médico y explorador, con quien tuvo dos hijas más, Carmen y Pilar, que también se revelaron como niñas prodigio de la música y actuaban en conciertos con su hermanastro.

Más tarde las cartas empezaron a llegar con menor frecuencia, los recortes de noticias de periódicos se volvieron más breves, se fueron desplazando a la prensa de provincias y volviéndose escasas en la nacional, ya más secas o aburridas, y luego se hizo el silencio alrededor del sobrino. Los abuelos no llegaron a enterarse de su descenso hasta afinador de pianos, acompañante de películas mudas y pianista que entretenía a los soldados en el frente.

Aurora Carballeira murió cuando su hija Aurora había alcanzado los quince años. Su muerte, aunque inesperada, no conmocionó particularmente a la hija. Tenía la impresión de que podía respirar con más libertad, por primera vez se oía a las criadas reír y cantar en la casa. También Francisco Rodríguez parecía más relajado, comenzó a considerar a Aurora una interlocutora de verdad. El círculo de librepensadores fue trasladándose con mayor frecuencia del Casino a su salón, y a él pertenecía la hija, que participaba con regularidad en los encuentros, la única mujer presente.

Aurora leía mucho, más que lo que pudieran haber digerido en toda su vida los demás miembros de las tertulias, con excepción del padre. A veces creía vislumbrar el fondo de las cosas, se sentía con ventaja sobre muchos otros, desde luego sobre los de su misma edad: el conocimiento que había obtenido en los libros, la inquietud, también la fortuna, el deseo de otra vida. Y sin embargo no veía salida, creía ya entonces que había llegado al final de sus posibilidades. Si hubiese nacido varón; o si alguien la hubiera apoyado desde muy temprano como hizo ella, inconscientemente, con el pobre Pepito. Pero la niñez había sido para Aurora tiempo malgastado y pertenecía al sexo maldito, que, como escribiría Hildegart, dormitaba sin derechos y despreciado:

En este país la opinión pública actúa como una fuerte corriente que arrastra consigo a una mujer hasta que esta encuentra un

remolino que la arrastra definitivamente hasta el fondo. De hecho: ¡qué talentos, qué aptitudes, qué grandezas morales y espirituales quedan estériles y secos entre las mujeres españolas por obra de la opinión pública! La opinión pública dominaba las tertulias, también en casa de los Rodríguez. Apenas se acababan de discutir osados modelos de sociedad que el abogado iba presentando poco a poco, en cuanto la conversación pasaba a la situación de la mujer se descartaba cualquier intento de mejorarla («con permiso de la señorita Aurora»): *la mujer honrada, la pierna quebrada y en casa.*

Aurora Rodríguez no se sentía tanto recluida como excluida. ¿Qué le quedaba? ¿Cuál era su tarea? *Salvo raras excepciones la mujer no puede ganarse la vida en España. Los ingresos de una costurera o una lavandera apenas alcanzan para cubrir a duras penas los gastos. En las fábricas las mujeres españolas ganan en general demasiado poco. O se les trata como mano de obra auxiliar, o se prefiere a los hombres. En los trabajos físicos pesados, en la agricultura, en las minas, en la construcción de carreteras, etcétera, aun cuando rinde tanto o más que el hombre, cobra mucho menos. No les va mejor a las maestras, cuyo sueldo apenas les alcanza para comer. Descontando unos pocos puestos en las grandes ciudades, carecen de todo, a no ser que dispongan de otros ingresos. Incluso como artista la mujer es una desposeída en España. Los prejuicios y la falta de conocimientos le vedan el acceso a la arquitectura y la escultura; elabora copias de cuadros insulsos para nuevos ricos, pinta abanicos, estuches y porcelanas; pero hasta en esas actividades, de por sí de escaso valor, es la excepción, porque en general predominan también aquí los hombres. Algo parecido puede decirse de la música: solo en las grandes ciudades algunas mujeres se mantienen a flote dando clases de música. Entre los científicos no hay más que hombres. En caso de que una mujer, cosa sumamente rara, destaque en algún campo, de nada le sirve, no puede ganarse la vida: las barreras de la ley y de la opinión pública son infranqueables.*

Aurora Rodríguez, que temía no llegar muy lejos, se entusiasmó imaginando formas colectivas de administrar los hogares. ¡La semilla de una sociedad nueva! Esbozó un plano, diseñó establos, habitaciones, cuartos de estudio, desechaba la distribución al día siguiente y se ponía otra vez manos a la obra. Todo tenía que tener un sentido, nada podía dejarse al azar. Por ejemplo, poner la pila de estiércol cerca de los aposentos habría sido perjudicial para la salud; el pozo negro suponía un peligro para los niños. El granero debía alzarse sobre pilares, como era habitual en Galicia, fuera del alcance de ratones y ratas; pero ¿no significaría eso una pérdida de calor y un derroche de materiales? Y si hablamos de trescientas familias: ¿deberían vivir en un único y amplio edificio o repartidas en varias casas? ¿O sería preferible construir una aldea donde viviese cada familia por su cuenta? ¿No se dificultaría así el trabajo en equipo e incluso se impediría la aparición de una auténtica comunidad?, pues en el aislamiento podrían perpetuarse las viejas costumbres: la violencia, la desconfianza, el egoísmo. ¿Y quién organizaría el trabajo y decidiría lo que había que hacer: todos en asamblea? Eso exigiría mucho tiempo. ¿Comités de los distintos sectores, como agricultura, ganadería y artesanía? Pero entonces cada uno se especializaría en un terreno, perdería fácilmente la visión de conjunto, y por tanto le resultaría difícil cambiar a otras tareas cuando su trabajo dejase de agradarle. ¿O delegados de cada familia? Entonces tendríamos otra vez a los hombres reunidos. ¿Y los niños? Ellos saben demasiado poco como para asumir responsabilidades. Por otro lado serían los únicos que crecerían libres, sin el lastre del pasado que pervivía en sus padres.

Aurora Rodríguez pedía consejo a su padre con frecuencia. Finalmente, cuando ya no quiso seguir respondiendo a sus preguntas, la remitió a la obra de la que él había extraído sus conocimientos. Aurora la leyó con esfuerzo, y con el diccionario a mano. Aun así quedaban dudas por resolver. Escribió a la editorial. Meses más tarde llegó la respuesta: no podían ayudarla, pues el autor de la obra, Charles Fourier, había fallecido ya en 1837. No le

pareció razón suficiente para abandonar el proyecto. Ya encontraría a la gente necesaria. El padre disponía del capital. Debía buscar la zona apropiada. Comenzó a leer atentamente los anuncios de los periódicos. Seis semanas después encontró uno que respondía a sus necesidades. Cerca de Alcalá de Henares, al este de la capital, se iba a subastar una propiedad de ciento cincuenta hectáreas, demasiado pequeña para trescientas familias, pero asequible si Francisco Rodríguez ponía a su disposición todo su patrimonio. Para empezar incluso sería mejor una hacienda pequeña; tendría más posibilidades de éxito porque resultaría más manejable; de todas formas al principio se encontrarían con problemas, hasta que todo estuviese en funcionamiento. Además había hecho una consulta y averiguado que las tierras de alrededor estaban sin cultivar, por lo que si el proyecto tenía éxito podrían arrendar más, incluso comprarlas.

Aurora había mantenido en secreto la correspondencia con el vendedor y dio la noticia a su padre después de la cena. Al contrario de lo que ella había esperado, el padre no dio muestras de entusiasmo. Se limitó a reírse. Cuando se dio cuenta de la decepción de Aurora, intentó explicarle por qué su proyecto era absurdo.

Soy un anciano. No he realizado trabajo físico en toda mi vida. No podría contribuir a una empresa así, que precisa hombres de verdad, jóvenes, vigorosos. Y tú eres casi una niña. No puedes tomar tan al pie de la letra lo que digo, son solo disquisiciones de tertulia.

Francisco Rodríguez falleció un año después.

3

El día que adquirió la mayoría de edad, Aurora Rodríguez anunció en un periódico de la ciudad su intención de quedarse embarazada y que el padre del niño que deseaba engendrar debía ponerse en contacto con ella. Ahora bien, estaba resuelta a no casarse ni a aceptar ningún otro vínculo parecido al del matrimonio. Aurora añadió en el anuncio que quien estuviese dispuesto a participar en esa breve unión, limitada al acto de la procreación, debía encontrarse sano de cuerpo y mente y situarse por encima de la vulgar mediocridad que imperaba en el país.

Al día siguiente de dicho llamamiento, el hermano mayor de Aurora, el único de la familia que seguía viviendo en Ferrol, golpeó a su hermana en la cara. Llegó borracho del Real Club de Vela, donde sus amigos habían comentado la noticia y no le habían ahorrado las burlas. Aurora no se defendió de los golpes, no gritó ni dio siquiera un paso atrás. Este comportamiento calmó al hermano. Indeciso, giró sobre los talones y abandonó la casa familiar.

Sería la última ocasión en la que se viesen los hermanos. La penúltima, aparte de encuentros casuales en la calle, había sido el día del entierro de Francisco Rodríguez, cuando se abrió el testamento por insistencia del hermano mayor y de la hermana. La parte de la herencia que correspondía al menor fue entregada a la custodia de un albacea, pues solo se sabía que, a pesar de su juventud, estaba buscando fortuna en algún lugar de América. Al mayor, sin empleo regular, el patrimonio le llegó muy oportunamente. También Josefa, que frecuentaba con su marido la alta sociedad berlinesa y entretanto también la madrileña,

necesitaba el dinero para mantener su nuevo y costoso tren de vida, sobre todo porque el caché de Pepito iba disminuyendo de manera progresiva.

Entonces Aurora solo tenía diecisiete años y debía tener un tutor. Por eso, y de acuerdo con la última voluntad del padre, tuvo que mudarse a casa del matrimonio Ochoa. El doctor Ochoa, hombre amable y también algo simple, era desde hacía mucho el médico de la familia. A Aurora no le hacía ninguna gracia dejar la casa paterna, pero no le quedó más remedio que instalarse en una habitación en la del médico. Rebelarse contra aquellas disposiciones era impensable. Además la mujer de Ochoa, que no había podido tener hijos, estaba deseando la compañía femenina. Pero Aurora Rodríguez insistió en ir a diario a la biblioteca de su padre, cosa que no gustaba nada a la esposa del doctor Ochoa, pues se veía defraudada en sus expectativas de entretenimiento y temía por el buen nombre de la casa. Pidió al marido que hiciese valer su autoridad y este permitió a su pupila pasar cada día tres horas de estudio en la casa de los padres al tiempo que la advertía de la necesidad de no descuidar sus obligaciones sociales, ya que estaba alcanzando la edad de casarse.

Los tutores de Aurora no acogieron con agrado sus esfuerzos por educar a las clases desfavorecidas. Y además su intento de enseñar a leer y escribir a los trabajadores de ideas socialistas de la Casa del Pueblo de Ferrol tuvo un final abrupto. La primera tarde habían acudido muchos hombres, la mayoría de los cuales se levantó y abandonó la sala cuando la joven se presentó como su maestra. La vez siguiente esperó en vano a los alumnos. Aurora concluyó que ese recelo no se dirigía a su persona, sino a su edad y a su sexo. Por eso propuso una serie de conferencias para alentar a los trabajadores a respetar más a las mujeres. Consideraba que su menosprecio era uno de los mayores males del país. *Entre los civilizados modernos los españoles son los menos condescendientes con el sexo femenino; por eso se han quedado también a la zaga de todas las naciones europeas y no han*

destacado ni en las ciencias ni en las artes. Los funcionarios del partido rechazaron la propuesta. Solo nos perjudicaríamos a nosotros mismos. Lo que quieren los trabajadores es la lucha de clases, no una guerra en la propia familia. Y ese franchute en el que se basa, Fourier, era un chiflado, un pequeño empleado de banco con ideas confusas al que ya Marx le había tirado de las orejas.

Aurora Rodríguez no dio su brazo a torcer. Costeó la publicación en un periódico de un artículo anónimo en el que denunciaba por nocivos, también para los hombres, el aislamiento del trabajo en el hogar y la indisolubilidad del matrimonio *como inventados por un tercer sexo (el dominante) para causarles a los otros dos más contrariedades de la cuenta.*

A una joven dama de clase alta que prefirió no revelar su nombre, escribió por respuesta el responsable de cultura del sindicato, no se le ha ocurrido nada mejor ante las penurias de los obreros que exigir la liberación de la mujer. ¡Como si no hubiese nada más importante que hacer en esta hora! La engreída jovencita de la alta sociedad quizá estaría dispuesta a cambiar sus acogedores y bien caldeados aposentos por el miserable camastro de un barracón. O podría preguntar a una lavandera con cinco hijos cuál es su deseo más ardiente. ¡Un salario más justo y una vivienda digna!, sería su respuesta. Solo las mujeres aburridas de familias adineradas están atacando a los hombres. Que lo hagan si quieren. ¡Pero que nos ahorren su verborrea intelectual!

Aurora estaba decepcionada: nada se podía esperar de los obreros. A sus líderes solo les importan las necesidades materiales, no son capaces de pensar más allá.

Más cerca están mis dientes que mis parientes, se dicen los pobres.

Y sin embargo. Los trabajadores tienen que sacudirse de encima el lastre del pasado. Seguir una nueva moral, educarse. El conocimiento es poder.

No se les puede pedir demasiado: después de diez o doce horas de trabajo, con un agujero húmedo para dormir, y con un enjambre

de niños en casa.

Juan Pardo, el sobrino del doctor Ochoa sabía escuchar pacientemente y era un interlocutor interesante y, al contrario que los demás oficiales, era humilde y escéptico en cuanto al sentido y la misión del ejército español. A sus parientes no les incomodaba en absoluto que los visitase con frecuencia. Este capitán de Caballería, tranquilo y apreciado por los reclutas, y la joven y culta huérfana no hacían mala pareja. Y parecían agradarse mutuamente, aunque en opinión de la señora Ochoa sus conversaciones se salieran de lo habitual. Los temas que planteaba Aurora Rodríguez eran un poco extravagantes; aparte de que Aurora resultaba demasiado seria y cavilosa y pronto o tarde iba a acabar por estropearse la vista con tanto libro. No concedía la menor importancia a su apariencia, por ejemplo al cuidado de su cutis o a la elección de vestidos elegantes, asuntos muy apropiados para una jovencita.

El doctor Ochoa se esforzaba en disipar los reparos de su esposa. El comportamiento de Aurora no era preocupante, y no carecía de efecto sobre aquellos hombres que no solo estaban interesados en la belleza y la frivolidad. Además, había salido al padre. También el viejo Rodríguez era muy suyo.

Por eso mismo, dijo su mujer. Luego lo mismo me reprocharás haber ejercido demasiada poca influencia sobre ella.

Aurora mostraba un vivo interés por la actividad de su tutor. No dejó de insistir hasta que él le permitió acompañarlo en sus visitas. El doctor Ochoa tenía fama de buen corazón. Al contrario que sus colegas, que se hacían pagar al menos con carne de cordero, huevos y sacos de patatas, solía acceder a las peticiones de trabajadores y campesinos sin dinero de visitar a parientes enfermos, sin cobrarles por ello. Aunque a menudo, confesó a la joven, se sentía impotente. O le llamaban demasiado tarde, cuando el paciente estaba agonizando, o exigían lo imposible de la medicina: un albañil con un brazo roto que tenía que presentarse al día siguiente en la obra, un estibador con pulmonía que esperaba estar curado en veinticuatro horas. Para el doctor Ochoa la

tuberculosis y la tisis eran los males nacionales. Solía recetar estancias en el aire puro y seco de las sierras de Castilla y comida nutritiva como el caldo de carne. Pero ninguno entre los pobres, anotó Aurora, cuenta con los recursos para sanar. Los aldeanos gallegos tienen poco de comer. Rara vez consiguen carne, y el vino es un lujo incluso allí donde se cultiva. El alimento principal suele ser pan con verduras y un poco de aceite. Los hombres sueñan con un traje de domingo nuevo con el que dejarse ver en la iglesia o en el mercado, para ir así según ellos vestidos decentemente.

Décadas más tarde Aurora Rodríguez explicó al periodista Eduardo de Guzmán, quien la visitó en la cárcel, que fue en aquella época cuando comenzó a entender todas las consecuencias de las tasas de natalidad.

Ah, si al menos la gente no echase tantos hijos al mundo, le dijo a Juan Pardo. Cuando bastaría con uno o dos. Porque tampoco sobreviven muchos más.

Y qué le vamos a hacer, dijo el hombre. Los niños son una bendición del cielo.

Tonterías, exclamó Aurora Rodríguez, ¡solo son el resultado de procesos biológicos!

Por favor, Aurora, permítanos un poco de romanticismo.

Con ese tipo de romanticismo no va a cambiar nada en el mundo.

¿Cómo, entonces?

Solo con la razón y la disciplina.

Muchos lo han intentado así y han fracasado.

Porque no estaban preparados para su tarea.

Era de esperar.

Y sin embargo podría hacerse. Habría que proceder con pura lógica. Elegir cuidadosamente a los padres. Solo entonces se pasará a la procreación. Y a partir de ahí, control absoluto. Desde el día de su nacimiento todos los esfuerzos deben dirigirse al niño. La mejor educación. Sin distracciones. Sin ociosidad.

El hombre se echó a reír. Aurora guardó silencio. Él la miró.

No se enfade, pero se ha enamorado usted de algo que no es de este mundo.

Y ella que había pensado que él no era como los demás.

La comprendo. Entiendo su deseo. Pero no quiero un salvador. Con *un* Jesucristo me basta.

De todas formas tendría que ser una niña, dijo Aurora. Porque lo que aquí importa son las mujeres. Sobre todo ellas.

Al cumplir veintitrés años Aurora Rodríguez se mudó de nuevo a la casa de los padres, comenzó a liquidar la parte que le correspondía de las tierras de la familia y se negó a recibir al sobrino de los Ochoa. La noticia de su escandaloso anuncio corrió por toda la ciudad y Aurora sintió las consecuencias. Había conocidos que le negaban el saludo en la calle, fingiendo no verla o cambiándose de acera. Los muchachos corrían tras ella haciendo gestos obscenos, algunas ancianas se santiguaban.

Hombres merodeaban alrededor de la casa por las noches. En una ocasión la despertó una tropa de soldados llamando a su puerta: el más osado aseguró a Aurora entre las carcajadas de los demás que todos ellos eran suficientemente hombres como para hacerle un hijo.

Esos no eran los peores. Aún más repugnantes le parecían los hombres que fingían comprenderla y afirmaban que solo deseaban prestarle un servicio, *mientras*, contó a De Guzmán, *me desnudaban con sus miradas*. Pensó en huir, cualquier cosa con tal de que sea lejos de aquí, Madrid o Barcelona, perderme en la gran ciudad, donde nadie me conozca, recuperar el aliento, encargarse a un abogado la venta de las tierras heredadas..., hasta que un día un sacerdote se presentó en su casa.

Nadie habría adivinado que lo era. Treinta y tantos años, alto, de espaldas anchas, piel morena; parecía más bien un marinero. También era uno, a saber, sacerdote de la marina mercante, y si se había acostumbrado a prescindir del hábito se debía a que en alta mar no se necesitaban meapilas sino hombres con brazos vigorosos. Además era bastante crítico con la Iglesia, no le

interesaban las promesas del más allá, pero sí, y mucho, hacer más llevadero este valle de lágrimas. Por eso se encontraba allí.

¿Ha leído usted el anuncio?

Ese día, dijo, estaba aún en alta mar. Solo la víspera había oído hablar de ello a dos hombres en una posada. Como sus palabras le picaron la curiosidad, se unió a la conversación y se enteró del contenido del anuncio.

Entonces, ¿sabe de qué se trata?

A grandes rasgos.

También sabía que después debía desaparecer de la vida de Aurora. Y que no le estaría permitido ver al niño.

¿No le resultará duro?

En absoluto. Como sacerdote, al que sin embargo le importaban mucho las necesidades del cuerpo, y como marinero, más bien le resultaría imposible mantener un vínculo duradero, incluso aunque lo deseara.

Sin necesidad de que se lo pidiese Aurora, el sacerdote explicó que evidentemente no había llegado el momento de fijar sitio y día para la unión carnal: disponía de un mínimo de cuatro meses de permiso en tierra, de forma que habría ocasiones de conocerse mejor. Entonces la señorita podría formarse una opinión de su carácter y, por supuesto, si así le pareciese, tendría el derecho de rechazarlo como padre del niño que deseaba procrear. ¿Su salud? Salvo las típicas enfermedades infantiles y un tifus que le tuvo en cama varios meses frente a las islas Barbados, no recordaba otras dolencias. En su familia no se conocía ningún caso de enfermedad crónica ni de trastorno mental. Al contrario que la mayoría de los marineros, nunca había padecido enfermedades venéreas, aunque rechazaba para sí el voto de castidad. Por lo demás, su propio físico decía mucho de su estado de salud. Si de todas formas aquel, o sus maneras, o la forma o el contenido de lo que había dicho le parecían inaceptables a Aurora Rodríguez, que por favor se lo dijese inmediatamente. Entonces se marcharía, evitaría cualquier

reencuentro y mantendría un silencio absoluto sobre su conversación.

No, no. Quédese usted.

Aurora Rodríguez bajó del tren un fresco día de primavera en la Estación del Norte. Nada más llegar, tomó un coche de caballos hasta un hotel céntrico, desde el que pretendía explorar la ciudad los siguientes días dando cortos paseos. Madrid tenía seiscientos mil habitantes en 1914, concentrados en una pequeña extensión en el interior de los bulevares, las viejas rondas y la maloliente cuenca del Manzanares. Para muchos de sus habitantes la ciudad seguía siendo lo que había sido hasta principios de siglo: un polvoriento y ruidoso lugar de La Mancha; para Aurora Rodríguez era una metrópoli. La joven vio por primera vez los tranvías, que hasta no hacía tanto estaban tirados por mulas, edificios de seis o siete pisos, cafés llenos a todas horas del día y bibliotecas cuyo catálogo era mucho más amplio de lo que habría podido imaginar. Pero lo que la impresionó sobre todo fue el comportamiento de la gente: cada uno parecía dirigirse a un objetivo, a buen paso e indiferente a los posibles encontronazos, cosa que obligaba a Aurora a realizar cautelosas maniobras de evasión, preocupada por el bienestar del fruto de su vientre.

En la ciudad había muy pocas fábricas, al contrario que en Ferrol. Sin embargo era fácil distinguir la pobreza más allá de las fachadas del elegante barrio de Salamanca y de la Gran Vía. A un tiro de piedra del Palacio Real, a orillas del Manzanares, a lo largo de los puentes sobre los que discurrían las carreteras de Segovia y Toledo, vivían las lavanderas, los traperos y los gitanos en cabañas hechas de tablas y cascotes de ladrillo. Carecían de luz eléctrica, agua potable e instalaciones sanitarias. No eran mucho mejor las

condiciones de alojamiento en los llamados barrios bajos —Hospital, Inclusa y Latina—, donde habitaba la mayoría de la población en corralas mal construidas y atravesadas por corrientes de aire. En cada piso vivían de veinte a treinta familias, compuestas en general de tres generaciones, con un único cuarto para todos, en el que se cocinaba, se comía, se dormía y a menudo incluso se trabajaba.

Aurora Rodríguez no quiso instalarse en el centro de la ciudad. La estrechez, la suciedad, la oscuridad de las casas incluso en los barrios más pudientes, habrían sido un freno para el desarrollo de su hija: porque iba a tener una niña, de eso estaba convencida. Encontró lo que buscaba en las afueras, en el noreste. Una pensión en La Guindalera, luminosa, de habitaciones agradables y con un espacioso jardín detrás de la casa. Los propietarios eran una pareja de asturianos sin hijos; no les escandalizó el embarazo de aquella mujer soltera. Al menos así entraría un poco de vida en la casa, le dijo el hombre. ¿Y podría la futura madre sufragar los gastos por sí sola?

Aurora alquiló un piso entero.

Por consejo de un abogado cuyos conocimientos empresariales apreciaba, invirtió la mitad de su patrimonio en acciones de sociedades mineras y fábricas de celulosa. Su valor aumentaría de forma desmesurada durante la primera guerra mundial y en los años posteriores.

Por lo demás, la joven llevaba una vida tranquila y procuraba atenerse en todos los detalles a las recomendaciones de los manuales de medicina. Se levantaba temprano, desayunaba de forma más copiosa de lo que era habitual entre sus conciudadanos, prescindiendo, eso sí, del café y de otras bebidas estimulantes. Después daba un paseo por los terrenos sin edificar que se extendían entre La Guindalera y la verdadera ciudad. Para economizar fuerzas, caminaba muy despacio, respiraba profundamente y estaba de regreso hacia las doce, antes de que el sol pudiese afectarla. Entonces leía durante una o dos horas cómodamente reclinada en un sofá, hasta que era hora del

almuerzo; en él no cumplía con la extendida costumbre de las embarazadas de dejarse llevar por su buen apetito y comer por dos. Rechazaba el vino y la cerveza, los embutidos, el vinagre en las ensaladas y la comida especiada. También redujo el consumo de queso y huevos y solo ingería carne tres veces por semana. Para sustituir su comida habitual, consumía verduras, frutas y cereales como arroz, alforfón, mijo y gachas de avena.

Durante la sobremesa, Aurora conversaba con los demás huéspedes —un coronel retirado, un pastelero viudo—, pero limitando el trato al intercambio de fórmulas de cortesía y banalidades, ya que apenas coincidían en sus puntos de vista tanto sobre los acontecimientos nacionales como sobre los internacionales, y temía que al intervenir ante las discutibles afirmaciones de sus contertulios pudiera caer en una agitación perjudicial para la salud de la criatura que llevaba en el vientre. En un prontuario para futuras madres, Hildegart advertiría *contra las enfermedades anímicas: Lo esencial para evitar tantas y tantas anormalidades infantiles es cuidar de la embarazada, procurar que la obrera no trabaje casi desde los primeros meses del embarazo, y evitar asimismo el que la señorita acuda a bailes, a toda aquella actividad, en fin, que antes tenía por costumbre; dado que las emociones, los cambios de temperamento, el ejercicio de los deportes, en los primeros meses, causan después gravísimos trastornos a las criaturas. La influencia del ambiente sobre el espíritu de las embarazadas es por demás grande. Las guerras, las revoluciones, los años de hambre, de carestía, de peste, de sobresaltos, dan lugar a un tanto por ciento elevadísimo de niños anormales.* Cuando estalló la Gran Guerra hacia el final de su embarazo, Aurora incluso se forzó a abandonar la lectura cotidiana de dos o tres periódicos de la tarde. No quería poner en peligro la gran obra de su vida con noticias trágicas incluso antes de que empezara. Además no albergaba esperanzas de que las carnicerías entre las distintas naciones pudiesen provocar una transformación radical después de acabar la guerra.

También pasaba buena parte de la tarde al aire libre, a la sombra de los árboles de la pensión, donde estaba a salvo de los perniciosos efectos de los rayos del sol. Solo se atrevía a pasear de nuevo casi al atardecer, ahora hacia el este, en campo abierto, pero regresaba temprano. De la misma manera que frecuentaba la naturaleza para alegrarse con su visión, eliminó de su presencia cualquier cosa siniestra o cursi. A petición suya, los dueños de la pensión quitaron de las paredes unos grabados baratos y vulgares y, de mala gana, un pesado crucifijo que colgaba sobre el cabecero de la cama. Aurora Rodríguez colgó en la pared de enfrente una reproducción de la *Venus de Milo*, sobre la que recaía su mirada nada más despertar. Luego imaginaba el rostro que iría mejor con aquel torso. Lo que le preocupaba era su costumbre de dormir únicamente sobre el costado derecho. Se forzó a cambiar de postura cada hora para no perjudicar el desarrollo del bebé.

Aunque intentaba evitar los cambios de ánimo, Aurora caía a veces en estados de profundo abatimiento, sobre todo por la noche, cuando se le antojaba presuntuoso traer al mundo a una criatura con la misión de liberar a la humanidad o a parte de ella. Al principio le inquietaron los vómitos frecuentes después del desayuno. Como según los libros de los que disponía esos vómitos se daban sobre todo en mujeres de familias acomodadas, los interpretaba como un síntoma de su constitución endeble, cosa que en su opinión solo podía ser perjudicial para el bebé. Pero no tardó en sentirse mejor y las náuseas desaparecieron hacia la mitad del embarazo, así que pronto dejó de lado aquella inquietud. Entonces se arrepintió de haber usado al sacerdote para la fecundación. ¿Y si a pesar de sus afirmaciones padecía una enfermedad venérea? *Si el marido es sifilítico una mujer sana puede engendrar un hijo sifilítico sin sentir ella misma los síntomas de esta terrible enfermedad.* A medida que avanzaba el embarazo le surgieron dudas de si realmente engendraría a una niña. Había oído que la fuerza del óvulo es menor en la semana previa a la menstruación y por eso predominaban los nacimientos de hembras si la concepción tenía

lugar en dicha fase, pero el temor y la impaciencia la habían llevado a no respetar ese plazo en la última y decisiva ocasión. ¿Qué podría hacer ella con un varón? *Deseaba un vástago de sí misma, una nueva Aurora, una más feliz, con más éxito. Debía convertirme en una persona más libre, más generosa, más valiente, capaz de arreglar las cosas de acuerdo con mis, con sus deseos. Yo debía ser fuerte, inteligente, creadora y a la vez atractiva, todo cuanto le faltaba a ella misma, porque, debido a su educación, solo alcanzaba a tocar la superficie de lo que era importante; sabía muy bien cómo debía ser el mundo, pero carecía de la fuerza y las condiciones para remodelarlo a su imagen. Yo debía proporcionarle la sensación de que tenía una conexión real con ese mundo.*

Aurora Rodríguez mantuvo su forma de vida también durante las últimas semanas de gestación. Ya en el sexto mes había entrado en contacto con una comadrona de muy buena reputación para poder avisar a la mujer si el parto se adelantaba sobre lo previsto.

En la noche del ocho de diciembre comenzó a sentir ligeros dolores en los riñones, que rápidamente se extendieron hacia delante y se volvieron más intensos. Aurora llamó a la dueña de la pensión y le pidió que avisara a la comadrona. Mientras llegaba, paseó de un lado a otro de la habitación, tal como le habían recomendado. La comadrona llegó en el momento en el que rompía aguas dejando escapar un potente chorro amarillento de líquido amniótico. Aurora siguió el consejo de la comadrona y, tumbándose de lado en la postura que le pareció más cómoda, se esforzó como pudo en abandonarse a la presión que comenzaba a sentir. La comadrona le dijo ya después de la tercera contracción que comenzaba a ver la coronilla muy peluda del bebé. Tras la siguiente tanda de contracciones apareció la cabeza, seguida por los hombros. La comadrona había acompañado el parto con unas pocas pero a la vez tranquilizadoras palabras; cortó el cordón umbilical, bañó al bebé y lo envolvió en pañales que había calentado previamente, mientras permitía a Aurora un breve descanso hasta que expulsara la placenta.

Un parto fácil, dijo la comadrona. Y una niña sana. ¿Cómo se va a llamar?

5

Transcurridos dieciocho meses, en mayo de 1916, Aurora Rodríguez inscribió a su hija en el registro de nacimientos de la ciudad. Se había resistido mucho tiempo a dar ese paso que muchos le recomendaban; temía que un día pudiese resultar perjudicial para aquella niña concebida fuera del matrimonio. Previendo los numerosos trámites que le exigirían, la necesidad de aportar informes y que de todas formas al final recibiría resoluciones negativas, se le ocurrió evitarlo poniendo a su hija el nombre de Carmen, aunque siempre la llamó Hildegart, que significaba jardín de la sabiduría, porque el nombre, como explicaría más tarde ante el tribunal, puede influir sobre el destino de una persona.

Desde el primer día Aurora se esforzó en dar a su hija una educación muy especial. Fomentaba las ganas de jugar de Hildegart, puesto que sabía que mediante el juego los niños ponen a prueba sus fuerzas, estudian su entorno, experimentan, aplican sus observaciones y aumentan su intelecto y su fuerza. Al principio lamentó haber dado a luz a su hija en invierno, porque así sus primeros meses de vida coincidían con la estación fría. Pero pronto adquirió la convicción de que las bajas temperaturas no justificaban encerrar a Hildegart en la vivienda. Los vecinos movían la cabeza de lado a lado cuando veían a la niña pataleando sobre una manta en el jardín.

Aurora Rodríguez argumentaba que la temperatura corporal de las personas, igual que la de los animales, se adapta al frío, es decir, desciende. Nada de pasar frío. Al contrario: para no sentirlo

los niños deben moverse enérgicamente. Y eso a su vez fomentaría su habilidad y por tanto su inteligencia.

Y es verdad que Hildegart no se resfrió ni una vez. Con la llegada de la primavera madre e hija pasaban muchas horas al aire libre. Aurora no quería saber nada de cochecitos de bebé, porque su uso limitaría el impulso de moverse y la visión que tendría la niña del mundo que la rodeaba; encargó a un carpintero un parquecito de juegos —un cuadrado con paredes bajas acolchadas en el interior, una barandilla paralela a una de las paredes y varias campanillas a la altura de la vista—. La niña se arrastraba desnuda allí dentro, lo que resultaba escandaloso para los vecinos, pero pronto pudo levantarse agarrándose a la barandilla sin ayuda de su madre, y aprendió así a caminar antes de que acabara el primer verano.

Madre e hija dormían por las noches al raso, protegidas de miradas impertinentes por lonas tendidas entre postes. A la dueña de la pensión la irritaba esa extravagancia; Aurora Rodríguez intentó explicarle que la exposición prolongada al aire fresco aumentaba la absorción de oxígeno y la expulsión de ácido carbónico del cuerpo, por lo que era muy beneficiosa para la salud. Era una práctica muy extendida en Europa Central y al sur de los Alpes. Haga usted la prueba. La mujer se santiguó mientras rechazaba asustada la idea.

Siempre que Hildegart le dejaba tiempo para ello, Aurora volvía a prestar atención a los asuntos de interés público. Seguía el desarrollo de la guerra, que no tenía grandes consecuencias para el país, pero sí las tenían otros acontecimientos influidos por dicha guerra, en particular los del Protectorado de Marruecos, donde la presencia militar española le parecía absurda y criminal, aunque al mismo tiempo la veía como una posibilidad de acelerar la caída de la corrupta monarquía. Aurora empleó a una muchacha para que se ocupara de Hildegart cuando ella salía, a veces para asistir a conferencias en el Ateneo, donde intervenían las figuras más destacadas de la intelectualidad española. Pero lo hacía a regañadientes, porque no confiaba en que la criada siguiese sus principios educativos mientras estaba ausente.

Aurora Rodríguez consideraba equivocadas todas las formas tradicionales de tratar a los niños. Le horrorizaba la tendencia a usar un lenguaje artificial, de gramática incorrecta y llena de innumerables diminutivos, y lo mismo le pasaba con el falso pudor a la hora de mencionar los procesos naturales sin llamarlos por su nombre, por ejemplo las deyecciones corporales y los órganos relacionados con ellas: *pis, caca, pompis*. Las vecinas llegaban con muñecas de porcelana, vajilla de muñecas, cintas de color rosa; a la criada le costaba un triunfo obedecer a Aurora y esconder los regalos.

En opinión de muchos, la joven madre concedía demasiada importancia a minucias. Solo de mala gana permitía que cogiesen en brazos a Hildegart, también vigilaba que la niña se levantase sola cuando se caía. Un día sorprendió a los demás habitantes de la casa al hacer que descargasen dos portes de arena y uno de grava en el jardín; cuando le preguntaron para qué explicó que esos eran los juguetes más útiles para Hildegart. Además trajo juegos de construcción y también letras de colores de madera con las que, dispuestas correctamente, se podían componer palabras. Aurora contaría más tarde al periodista De Guzmán que la primera palabra que Hildegart compuso sin ayuda fue V-I-D-A.

Aurora se atenía a los consejos de los pocos pediatras ilustrados de la ciudad y a las obras serias de medicina naturista salvo en una cuestión: rara vez permitía a Hildegart jugar con otros niños. Y si resultaba inevitable porque negarse se habría tomado como un rechazo grosero, enseguida encontraba una excusa para arrancar a su hija de esa compañía. A un médico conocido de ella que había observado su comportamiento y que le indicó lo importante que era el juego colectivo Aurora le respondió que la educación equivocada era contagiosa.

Había momentos en los que Aurora vacilaba en su misión. Por ejemplo, justo después del parto solo había sentido felicidad junto a aquella personita desnuda y el deseo ferviente de proteger a ese ser que solo la tenía a ella y que solo gracias a ella existía, el deseo de

ayudarla y de nunca, nunca obligarla a nada. También más tarde sentía a veces la necesidad de acariciarla sin propósito alguno, de entregar a su hija todo su tiempo, sin pensar en el programa educativo, que excluía la ociosidad y la falta de propósito. Entonces la invadía el deseo de olvidar tiempo y plazos, de solo vivir en ese momento en el que la niña se quedaba dormida a su lado, con su manita cogida a la de ella, o cuando se ponía a imitar su tono de voz, la manera de arrugar la frente o de abrir un libro.

Aunque lo negaría más tarde, tenía que realizar un gran esfuerzo para sobreponerse a aquellos ataques de *debilidad*. Desde el día que nació la niña, Aurora Rodríguez hablaba con ella sin ocuparse de si la entendía o no. Muy pronto le consiguió una pizarra y tizas, recortó las letras del alfabeto y las pegó sobre cartón. Indicaba a la cría cifras y palabras igual que le indicaba objetos. Esto es una casa. Esto es un árbol. Esta es la A. Y este es el cinco. Cuando a los dos años a la niña empezó a aburrirle aquello de juntar letras le regaló una máquina de escribir portátil. Mientras la madre trabajaba en su escritorio redactando artículos que nunca intentaría publicar, Hildegart estaba sentada a su lado, en una trona frente al mismo escritorio, ante un papel como el de ella, igualmente silenciosa y ensimismada.

Un día la sucursal madrileña de la empresa Underwood, que estaba habilitada para expedir diplomas oficiales de mecanografía, recibió una carta de Aurora en la que afirmaba que su hija se encontraba en condiciones de obtener uno.

Una semana más tarde se presentó en la pensión un empleado de la empresa. Cuando Aurora Rodríguez le pidió que sometiese a la prueba a su hija de tres años pensó que se trataba de una broma. Primero se echó a reír, después acusó a la mujer de hacerle perder el tiempo, también de no estar en sus cabales y amenazó con una reclamación por los gastos incurridos. Pero la firmeza y convicción de Aurora le empujaron a quedarse. Dio a la niña la carta modelo que debía copiar: Hildegart aprobó el examen en el tiempo previsto. Tras reponerse de su perplejidad, el hombre propuso explotar las

habilidades de su hija en beneficio de la empresa, por supuesto a cambio de la compensación correspondiente. Aurora Rodríguez rechazó la oferta. Los días sucesivos otros empleados de la empresa, y al final el mismísimo director, intentaron convencer a la mujer. Al resultar estériles sus ruegos y sus ofertas, se presentó un periodista al que alguien de la empresa le había informado de la gran noticia con la pretensión de escribir un artículo sobre la niña prodigio. Aurora le dio con la puerta en las narices.

La mujer llegó en aquellos días a la conclusión de que sus conocimientos ya no bastaban para apoyar el desarrollo de Hildegart en la medida que deseaba. Había hecho todo lo que podía para ayudarla pero era consciente de sus propios límites. Necesitaba maestros que fuesen a la casa a enseñarle materias que ella nunca habría podido dominar: matemáticas, física, idiomas. Sus anuncios en periódicos socialistas surtieron efecto. Los hombres se sorprendían al principio por los pocos años de su alumna pero muy pronto se entusiasmaban con la tarea.

Uno de los maestros que con más devoción se ocuparon de Hildegart fue don Matías, quien después de una estancia de estudios en Alemania se había propuesto traducir las obras del filósofo Krause, que estaba muy bien considerado en los círculos intelectuales españoles, pero después descubrió la obra de Nietzsche y le pareció mucho más importante. Era también el único que se atrevía a discutirle a Aurora Rodríguez el sentido de tal o cual método pedagógico. En ocasiones observaba síntomas de agotamiento en Hildegart. ¿No estarían exigiendo demasiado de la niña? ¿No sería oportuno avanzar más despacio con la materia, no solo para evitar un empacho y que perdiese el interés, también para dar a Hildegart la oportunidad de relacionarse con niños de su edad y de desarrollar habilidades sociales?

Aurora rechazó sus objeciones. La capacidad de aprendizaje es limitada. Hay que aprovechar la fase en la que los niños maduran, es decir, los primeros siete años.

Si se desaprovechan o se aprovechan poco sus posibilidades intelectuales, se disipan y es imposible recuperarlas más tarde. Lo había observado en sí misma: a pesar de grandes esfuerzos y de condiciones favorables para compensar las limitaciones que había sufrido en la niñez, apenas era capaz de alcanzar una mínima altura intelectual. Pero fomentarla, eso sí que aún conseguía hacerlo.

Don Matías veneraba en secreto a la mujer y no quiso darle la razón con aquellas confesiones. Pero Aurora Rodríguez insistió y le recordó la situación generalizada de inferioridad de las mujeres, que por cierto, añadió, había mencionado ya ese señor Nietzsche al que tanto admiraba, aunque evidentemente no hubiera comprendido las razones profundas de dicha inferioridad. Hay que tomar en serio a los niños. No exijo de Hildegart más de lo que exigiría de mí misma en condiciones iguales.

Pero aun así debería ser más indulgente. La criada me ha contado que no permite usted a su hija jugar con otros niños.

Julia es, perdone que lo diga, tonta e ignorante. Igual de tontos son los padres de los niños. ¿Debería ceder y poner en peligro el desarrollo de Hildegart? Más tarde, cuando se hayan asentado sus conocimientos, deberá y no tendrá más remedio que abrirse a lo que la rodea. Pero por ahora le basta con relacionarse con usted y conmigo. Y vamos a comprar animales domésticos, perros o gatos. Con ellos también puede aprender a socializar.